

Confesiones de una ninfómana

Nerea N

Confesiones de una ninfómana



Capítulo 1

Instinto natural

Me llamo Olivia. Bueno, en realidad ese nombre me lo puse yo misma, porque mi madre que está en el otro mundo, en América, quiero decir, me puso Antonia cuando nací. Y con ese nombre, les juro que hubiera muerto virgen.

Soy una chica seria. Sí, aunque alguna persona pudiera pensar que no. Las cosas son relativas, al menos la mayoría de las veces lo son.

¿Mi edad? Eso no importa. Si digo que tengo quince me van a decir que tengo alma de zorrita, y si digo 25 o más me llamarán antigua y ultraconservadora, aunque pronto se darían cuenta de su error. Por eso no les diré mi edad.

Lo cierto es que un día, hace ya algún tiempo, me enamoré por primera vez. Era un chico mayor que yo, bueno, en realidad me sacaba 10 años. Fue mi primer novio.

¿Con cuántas chicas habría estado? ¿Quién sabe? Nunca se lo pregunté. En realidad, no me interesaba saberlo. Lo que sí sabía yo, era que no tenía ni idea de qué hacer con un hombre en la intimidad.

No, no nos confundamos. Claro que había estudiado Biología y Anatomía. Nunca repetí ni un curso en la escuela. Y sabía que los niños no vienen en una cigüeña desde París. Tonta no soy ... bueno, eso digo yo.

Mi grupo de amigas era muy reducido. Chicas buenas que solo se concentraban en estudiar. Y si alguna pensaba o hacía alguna otra cosa en la intimidad, si los pensamientos y los dedos de algunas iban a otro lugar, cuando estaban solas, jamás lo comentaron.

Llevaba un mes con mi novio secreto. Era tan respetuoso como guapo. Solo me daba besitos en la boca. A veces creo que como yo era tan delgadita, y bastante pequeña de estatura, al chico le daba miedo hacerme daño. Era dos veces de mi tamaño, pero me gustan los hombres altos.

Yo parecía una pulga a su lado. Delgada, pero con forma, que plana nunca he sido. Y tetas, 85 C, y bien paradas, que para mí estatura, estoy pasadita de pecho, pero nunca he sido de caderas anchas ni de culo prominente. Pelo castaño y siempre llevo coleta. Cuando me miraba al espejo desnuda, que siempre lo hacía antes de ducharme, me veía una pelvis tan pequeñita y un chochito tan diminuto, que pensaba que cuando un hombre se acostara conmigo, se iba a quedar con las ganas, porque yo

creía que por ese huequito no cabría nada.

En honor a la verdad, debo decir que por mi parte no había ofrecido mucha iniciativa, porque tenía miedo, y cuando digo miedo no me refiero solamente a que me doliera, que también lo tenía, sino a que me hiciera un bombo, que me preñara, por decirlo de forma brusca. Pero la verdad es que, en el fondo, tenía deseos.

Pero él no parecía tener prisa. Tantos chicos atrevidos y descarados que hay por el mundo y a mí me tocó el más serio y decente. No sé si era para reír o llorar, porque, como mujer, una a veces necesita sentir, aun cuando no hayas abierto las piernas todavía, que te estrujen un poco, que te toquen las tetas, te aprieten, te metan la mano en algún lugar prohibido ... si sois chicas, me estáis entendiendo. Y después de abrir las piernas, también. ¿O no? Pero él, nada de nada.

Poco a poco se fue despertando en mí algo que todas las mujeres tenemos, y es el deseo de dar placer. Como ahora vamos de feministas por la vida, esto no se puede decir, pero es la verdad. Las mujeres sentimos placer dando placer. Y también nos gusta recibirlo, que no se nos olvide, que la que nunca haya disfrutado de lo lindo cuando ha tenido un orgasmo intenso, que me lo diga, que le diré en su cara que es mentira.

Un día mi novio me llevó a la playa El Salado. Estaba en las afueras de lo que era la antigua provincia de La Habana, que hoy solo abarca la capital de Cuba. Nos sentamos debajo de unos pinos que están en un lugar muy apartado. Era lunes y aquello estaba desierto. Él se sentó, recostado a uno de los árboles, y yo al lado de él. Recliné mi cabeza entre sus piernas. Ninguno de los dos llevaba traje de baño, pues había sido un viaje improvisado, para contemplar el paisaje y coger un poco de fresco. Me recogió en su coche, recién duchado y oloroso, como siempre estaba él.

A estas alturas, algunos lectores pueden pensar que les voy a narrar la primera relación sexual entre un hombre experimentado y una chica inocente, pero nada de eso. Y digo nada, porque no ocurrió. Salí tan virgen de detrás de aquellas rocas, como había entrado. No, a ver, no ... tampoco sean mal pensados, mi novio no era gay ni nada por el estilo.

Decía que me había recostado en su regazo. No llevaba ni tres minutos así, cuando me pareció que me estaban poniendo una almohada debajo de mi cara. Una almohada dura, por cierto.

Por primera vez a mi novio se le había parado "aquello", conmigo, quiero decir. Me dio gracia, porque yo sentía que crecía ... vamos que la

almohada se hacía más grande.

Aquella tarde, en la soledad de la playa, sentí por primera vez en mi vida, la necesidad de darle todo el placer que pudiera. Sin embargo, la gran pregunta era ¿Cómo hacerlo?

En lo de allá abajo, ni siquiera piensen, por favor. Además de virgen, tenía la regla. Por tanto, eso estaba descartado. Miré hacia todos los lados. No había nadie. Solo se oían el murmullo de las olas y las ramas de los pinos que se movían lentamente.

Disimuladamente, le aflojé el cinturón y le bajé el zíper de los vaqueros. Mi temor inicial era que él me rechazara, pero no lo hizo. Yo ni le había mirado a la cara todavía. Estaba muerta de vergüenza. Cuando le bajé un poco el calzoncillo, aquello estaba tan parado que me dio un golpe en la cara. No fue duro, fue suave y hasta gracioso, porque cuando lo liberé de la presión de los bóxeres, saltó como un muñeco de resorte y chocó con un lado de mi cara. No me la había imaginado así. Por si alguien se está preguntando si nunca había visto ninguna parada, la respuesta es no. En mi país la pornografía estaba prohibida. Y lo sigue estando.

Lo primero que hice fue mirarla. No tenía una cinta de medir a mano, pero puedo asegurarles que aquello de 19 o 20 centímetros no bajaba. ¡Qué linda estaba! La agarré con la mano derecha y la apreté suavemente. Era como un palo, recto, liso, tenía algunas venitas y una especie de surco de color un poquito más oscuro, que recorría toda la parte de abajo. Arriba era más ancha, parecía una cabeza, con un agujerito en la punta, cubierta con una fina piel que enseguida empecé a bajar y a subir. Era como jugar con un muñeco. Me gustaba hacer aquello. Enseguida le cogí el ritmo. Después aprendí que los hombres no soportan que una mujer no sepa hacer algo tan sencillo.

Me cambié de posición y me puse cómoda. Ya de frente a él, empecé a besarla de abajo hacia arriba. Tengo los labios gruesos, y aproveché para meter la punta de su miembro dentro de ellos. Chupé suavemente. Por allá arriba escuché un gemido. Le estaba gustando. Después la saqué de mi boca y con la punta de mi lengua, empecé a acariciarla de arriba abajo. Luego la pasé en círculos, varias veces alrededor de la cabeza, que creo que aquí en España le llaman capullo. ¡Qué palabras tan vulgares! Pero no nos pongamos exquisitas, que si le llamamos "glande", esto parecerá un tratado de Biología.

La mojé con mucha saliva. Tenía la mano izquierda puesta en su vientre, me eché el pelo hacia un lado con la derecha, y se la agarré desde abajo. Mi mano se veía tan pequeña. Entonces comencé a subir y bajar la cabeza, con ella dentro de mi boca. Por primera vez me sentí con el valor de levantar la mirada y le miré a la cara, mientras le hacía aquello, y nuestros ojos se encontraron. Se reirán de mí, pero fue una sensación

muy romántica.

Jamás nadie me había enseñado a hacer algo así. Puedo asegurarles que fue mi instinto natural, algo dentro de mí que me guiaba.

Nunca dejé de agarrarla, pero lo que sí variaba eran los movimientos, la intensidad de la presión al chupar, las diferentes posiciones de mi lengua, rozándola, a veces dentro de mi boca, a veces afuera, con movimientos circulares a derecha e izquierda.

Por un momento me imaginé "aquello" intentando meterse dentro de mí. En aquel instante deseé que me subiera la falda y me bajara el tanga. Me imaginé abriendo mis piernas, abrazada contra él, sintiendo como aquel mástil de carne durísima partía mi sexo por el mismo centro, metiéndose hasta el fondo de mí, mientras yo lo arañaba como una gata en celo. Pero aquello no ocurrió. Ya les digo, era demasiado respetuoso. Ahhh ...pero les había dicho que tenía la regla ...y era verdad, pero ¿quién se acuerda de eso en un momento de pasión y de locura? Además, ya me quedaba muy poquita. La última vez que me había aseado y cambiado la compresa, solo tenía una manchita.

Me hizo una señal, pero no me di cuenta, al menos a tiempo. Yo seguía con el mismo ritmo, hasta que sentí que se iba a correr. Eso sí lo sabía, aunque nunca había visto un hombre viniéndose. Tenía gran curiosidad por ver cómo lo hacían. ¿Sería cómo hacer pis? ¿Me daría asco? En un segundo pasaron mil preguntas por mi mente.

Sé que pude quitar mi boca cuando aquello estaba a punto de salir. Confieso que tuve tiempo, pero no quise hacerlo. Quería ofrecerle todo el calor de mi cavidad bucal, toda la humedad de mi saliva. Por otra parte, sentía curiosidad por ver como salía la leche. Abrí los ojos, y en el mismo instante aquel cañón disparó un chorro blanquecino y espeso en mi cara. Al momento la metí dentro y chupé ... chupé más fuerte ... mientras mi mano subía y bajaba, sin parar.

Sentí como mi boca se inundaba. Era salada, pegajosa. tibia ... y tenía tanta, que casi me la llenaba. Cuando dejó de gemir, supe que había salido la última gota. Entonces se la solté y lo miré, y la abrí bien, para que él la viera. Un hilo de aquel líquido salió por la parte izquierda de mis labios. Él estaba extasiado, y yo no sabía qué hacer con aquello, si escupirla o tragármela. Me pareció una descortesía echarla a la arena y con una sonrisa, mirándole a los ojos, me la tragué. Era una sensación extraña, pero a la vez agradable, y no me refiero al hecho de tragarla, sino al placer que vi reflejado en su rostro, cuando volví a abrir la boca, para que viera que estaba vacía.

Le cerré el pantalón y volví a recostarme. Había sido mi primera

experiencia con un hombre.

Y aquí termino esta breve reflexión. Es la tarea que me ha dejado hoy mi terapeuta, donde me ha pedido que intente escribir cómo empezó todo esto.

Ahhh ... casi lo olvido. Después de aquella experiencia con mi primer novio, vinieron muchas otras. Llegó el momento en que no sentía ninguna satisfacción ni emoción estando con él y cortamos. Después he tenido incontables relaciones. Fíjense que hasta llegué a acostarme con una chica dentro de una bañera, que yo de lesbiana no tengo un pelo, y, aun así, lo hice por la locura de experimentar, pero esa historia ya se las hago otro día.

Bueno, tengo que dejarles, que ya la enfermera me está recordando que es la hora de dormir y debo entrar a mi cuarto. Ya van a darme el sedante. Es muy suave, pero me mantiene relajada. Sí, eso mismo. Estoy ingresada en una clínica, intentando superar mi problema. Dicen que se llama Ninfomanía, pero yo insisto en que se trata de un instinto natural.

Capítulo 2

Racimo de orgasmos

El día había transcurrido con normalidad. Levantarme, ir a la ducha, luego desayunar. Pasear un poco por los jardines de la clínica, ver un poco la tele y a comer.

Ahora en la tarde, la doctora me había pedido que continuara escribiendo mi historia.

Entonces decidí poner manos a la obra.

Les conté en el primer capítulo que tenía un novio guapísimo y demasiado respetuoso, y les hablé del día que estuvimos en la playa, detrás de aquellas piedras, y cómo tuve por mi primera vez un pene entre mis manos y mis labios.

Creo recordar que también les dije que nunca había estado con un hombre. Aun así, la historia de mi primera vez no se la voy a contar, al menos no por ahora, porque estaréis cansados de oír lo mismo, aunque en mi caso fue un tanto diferente. Solo les diré que no fue con aquel chico. Me le insinué varias veces, pero nada. No puedo entender qué pasó, pero nunca me metió mano. Y no es que tenga la autoestima muy alta y crea que estoy muy buena. No, no se trata de eso. Sin embargo, la mayoría de los hombres, cuando ven que pueden partir un chochito, no se andan con remilgos. A mí tenía que tocarme el "súper estricto".

Al final nos separamos, y un amigo de mi hermano, que venía a la casa todas las tardes a jugar ajedrez con él, fue el que encima del sofá del salón, entre jueguecitos y risas, se llevó el gato al agua. No sé cómo se las arregló, pero cuando me di cuenta, tenía las bragas por los tobillos y su pene llegándome al estómago ... ji. ji. ¡qué exagerada soy! Ni que la hubiera tenido tan grande. Ahí lo dejo. Otro día les doy los detalles.

Después de aquel incidente, debo confesar que tenía cierto miedo.

Conocí a un flaco, porque el muchacho de verdad que era flaco, y eso que comía por dos. Cuando ya llevábamos una semana, al fin nos quedamos solos, y como se están imaginando, él chico quería cogerme el "toto"..

Me había llevado a cenar. Otro día me llevó al cine. Aquella tarde me trajo un ramo de rosas y hasta me escribió un poema. No podía decirle que no. Ante esas cosas, casi todas coincidiremos en que es difícil mantener las piernas cerradas.

Aprovechamos que mi tía estaba trabajando y nos metimos en mi cuarto.

No puedo entender por qué, pero a mí los nervios me dieron por reírme otra vez. Y eso que todo iba bien. Besos, abrazos, me desnudó lentamente. Me encantaba su olor. Después de tantos preliminares, el chico desenfundó su arma. ¡Madre mía! ¿Cómo era posible con lo flaco que estaba? Entonces comprendí para donde se le iba toda la comida. Rápido, como una flecha, se puso el preservativo.

Me dije a mí misma —Olivia, relájate. Ya esto lo hiciste una vez. Todo va a salir bien—, pero aun así tenía miedo. Cada vez que Pancho —que así le decían—, preparaba el “aparato”, yo me cambiaba de posición, o inventaba algo.

— ¿Estás segura que quieres hacerlo? —me dijo mirándome a los ojos.

—Sí, sí, claro.

—No eres virgen, ¿verdad?

—No, pero solo lo he hecho una vez —le dije, avergonzada de mi inexperiencia.

Sonrió y siguió acariciándome y besándome. Yo empezaba a encenderme lentamente. Tenía las bragas mojadas. Sí, todavía no me las había quitado. Entonces lo hizo. Yo no estaba depilada, en realidad, nunca lo he hecho. Así las cosas, el triángulo negro de mi vello púbico, apareció ante sus ojos. Tenía un poco de vergüenza, lo confieso, sobre todo que cuando mirara un poquito más abajo, viera lo hinchada y húmeda que la tenía. Mis labios, que normalmente son rosaditos, estaban rojos. Parecían una florecita con los dos pétalos a punto de reventarse.

Empezó a pasármela muy despacio. Aquel sable me recorría la rajita de arriba abajo. Él también la tenía mojada. Me pellizcaba los pezones con una mano y con la otra me la pasaba. Las mariposillas empezaban a revolotear en mi vientre Bueno que ya no podía más. Abría las piernas, más todavía, a ver si él se daba cuenta que ya estaba lista, pero seguía pasándomela. ¡Coño, no se daba cuenta de que lo que yo quería era que me acabara de empotrar! Sí, eso mismo, tenía deseos de que acabara de metérmela, pero me daba vergüenza decírselo.

Bajé las manos y se las puse en las nalgas y lo empujé hacia mí, pero nada. Yo ya no podía más. Entonces le dije la frase que más anhela oír un hombre:

—¡Métemela!

—¿Ya? —me dijo asombrado—. Yo me sentía toda mojada allá abajo. Mis glándulas vaginales se habían desbordado.

—Sí, por favor, no me tortures más —, le dije. Parecía una perrita en celo, deseando que el perro la acabe de montar, y el dichoso perrito no acaba de meterla.

Al fin me la colocó a la entrada y presionó. Había metido la cabeza. Los labios se echaron a un lado, y los pelitos se humedecieron también. Me contraí y sentí como aquel miembro súper parado hacía por entrar. La retiró un poco y volvió a meterla, casi completa. Cuando sentí aquello dentro de mí, creí que iba a enloquecer. Experimenté una corriente que me bajaba por el vientre, hasta el mismísimo centro del chocho. Él empezó a moverse con más rapidez. Les juro que aquella cosquilla me estaba volviendo loca. Ya no podía pensar. La única vez que lo había hecho, no pude sentir eso que llaman "correrse". Nunca antes me había corrido. Ahora sabía que estaba a punto. No quería llegar, porque pensaba que se me quitarían las ganas después, y a la vez quería llegar ... ay mi madre ... aquella sensación que no podía controlar Entonces empecé a chillar ... intentaba gemir, porque se suponía que eso era lo que había que hacer cuando se estaba follando, pero lo que me salían eran gritos. Él continuó. Lo único que recuerdo es que, entre suspiros y con la voz entrecortada y el corazón que se me salía del pecho, le dije —no pares—. Entonces aquella sensación se fue haciendo más y más intensa. Sentía que no era dueña de mí. Aquello me superaba. Eché las manos hacia atrás, arqueé la espalda, las tetas lucían más grandes ahora, me agarré del cabecero de la cama, y mientras gritaba, con los ojos cerrados, entre mi vientre y el coño, experimenté la sensación más intensa de toda mi vida. Solo podía decir ...Me vengooooooooooooooooooooo!!! No sé cuanto duró aquel momento. Me sentía en otro mundo, en otra dimensión.

Me relajé, pero él no había terminado, y cuál no sería mi sorpresa al sentir que con el roce, aquello volvía a empezar en mí. No había pasado ni un minuto y ya me estaba viniendo otra vez. Hasta aquel momento, no tenía ni idea de todo lo que se podía gozar con un hombre entre mis piernas.

Entonces me cambió de posición. Me puso de rodillas y él se colocó detrás. Apenas había apoyado mis manos sobre el colchón, cuando sentí que me separaba las nalgas. Me asusté. Pensé que tal vez quería entrar por el "agujerito más pequeño", pero no. Eso llegó en otro momento de mi vida, que ya les contaré otro día. Fue todo un drama.

Enseguida sentí la poderosa embestida. Esta vez no se anduvo con mimos. La colocó y empujó hasta que sentí que la cabeza de su miembro me golpeaba el útero. Ajusté la posición un poquito, para que el roce de su miembro fuera más intenso y no me doliera. Cada vez que se echaba hacia atrás, sentía que la cabeza de su pene, que parecía una bola

inmensa, me rozaba, con la parte de abajo el clítoris y con la de arriba el periné, esa pequeña franja de piel que separa el culo del chocho. En aquella posición me rozaba las dos partes a la vez. Un minuto, más o menos ...¡ay mi madre, me voy a volver loca! Seguía arrodillada, con aquello entrando y saliendo a toda velocidad. Exploté otra vez en un racimo de orgasmos. Eran breves, duraban cuatro o cinco segundos cada uno, pero venían uno detrás del otro. Pensé que me iba a desmayar. Por poco me meo. Me quedé ronca de tanto gritar.

¿Y este cuándo se va a venir? —pensé—, deseando que aquello no acabara nunca, pero a la vez temiendo en el fondo, que se me fuera a parar el corazón. Me cambié de posición. Le pedí que se sentara en la cama. Me senté encima, de frente a él, con las piernas bien abiertas y me solté el pelo, que como siempre llevaba recogido en una eterna coleta. Me la metí hasta atrás y empecé a moverme. Cuando la parte de arriba del rabo, dura como un palo, empezó a rozarme la "perillita", sentí que me corría otra vez. Me dejé llevar y disfruté una vez más. Entonces me concentré y empecé a moverme. Creo que lo saqué de paso con el movimiento de mi cintura, porque al minuto sentí sus gemidos. Esperé unos segundos más, y cuando me levanté, el preservativo estaba lleno de leche. Parecía un globo blanco, en la punta.

Bastante había aguantado el chaval. Entonces me acurruqué a su lado y lo abracé.

Aquella tarde, en medio de las sábanas mojadas y el intenso olor a sexo, comprendí que ya no podría vivir sin hombres. Necesitaba volver a experimentar todas aquellas sensaciones una y otra vez. Había nacido una ninfómana.

Capítulo 3

Ajedrez al desnudo

¿Qué puede haber de erótico en un juego de ajedrez? Pues mucho. Soy una de las pocas chicas a las cuales les gusta el juego ciencia. Tengo hasta una cuenta en Chess.com.

Bueno, como ya estamos entrando en confianza, les voy a contar un poco más de lo que escribí aquella tarde. Me crie con mi tía. Mi madre, que ya tiene 50 años vive en Estados Unidos. Su hermana mayor, que a día de hoy va a cumplir 60 años, soltera, ha sido quien ha estado conmigo y con mi hermano, casi toda mi vida.

Tía Lali, que es como yo la llamo, quizás por su edad, o tal vez por la educación tan estricta que recibió, siempre me ha estado aconsejando, a su manera, pero con buenas intenciones. A mi hermano también, pero siempre dice que los hombres no tienen nada que perder. Cosas de viejos.

Cuando vio que yo estaba entrando en la adolescencia y me empezaron a salir las tetas ¡Ay mi madre! No quiero acordarme de aquellos días. Ella creía que yo vivía en una burbuja o que en el colegio no se hablaba de sexo, o que todas mis amigas eran monjas de clausura, que, por cierto, eran chicas buenísimas, pero de sexo nunca hablábamos, aunque seguramente más de una ya habría probado "el mantecado".

Su adolescencia transcurrió a principios de los años 70's y la vida era muy diferente en aquel entonces.

—¡Cuídate Olivia! —siempre me decía—, que los hombres lo único que quieren es acostarse contigo, y después, si te he visto no me acuerdo.

—No te preocupes tía, que yo no pienso en eso —le decía siempre para tranquilizarla.

Y era verdad que no pensaba, hasta que me enamoré del chico que les conté, sí, del súper respetuoso, que nunca me llegó a tocar las nalgas siquiera. Todavía me pregunto cómo dejó que se la chupara aquel día en la playa, detrás de las piedras.

A partir de aquel momento, algo se despertó dentro de mí.

Un día estaba tirada en la cama, y tenía muchos deseos de estar con un hombre, yo que nunca había estado con ninguno, pero me imaginaba acostada debajo, acariciando unas espaldas anchas, y un chico entre mis muslos, entrando y saliendo de mí, primero muy despacio y después

rápido como un rayo, mientras me besaba en la boca y me acariciaba las tetas.

Inconscientemente me metí la mano dentro del short y empecé a hacerme cosquillitas ahí mismo. Era la primera vez en mi vida que hacía aquello, y me estaba gustando mucho. Enseguida sentí que estaba mojada. Era media tonta. Llegué a pensar que me había orinado, aunque solo era un poquito, pero el líquido era grasoso, y no tenía olor a orina. Entonces me di cuenta que mi vagina había respondido al toque de mis dedos.

En eso entró mi tía.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó, abriendo los ojos, como si hubiera visto un fantasma.

—Es que me pica el “toto” —le dije, poniendo cara de inocencia—, me estaba rascando, porque no podía más. Hace días que me está picando.

—Mira a ver lo que haces, que si te arañas la membranita que tienes a la entrada, dejas de ser señorita, y ningún hombre querrá casarse contigo.

—Tía, por favor, que eso ya no es así. A los hombres eso ya no les importa. Son otros tiempos.

—Claro que a todos les importa, lo que ahora van de modernos y no pueden decirlo, porque les llaman machistas. Y prepárate, que te llevo al médico ahora mismo.

—¿Al médico? —dije alarmada.

—Sí, que seguramente tienes monilias, parásitos que salen de asearse demasiado, o algo parecido. Por eso te pica.

Era inútil discutir con mi tía. Cuando decía algo, mejor le seguías la corriente. No había forma de convencerla. Y, al médico nos fuimos.

Por suerte, el doctor le pidió que me dejara sola con él, y mi querida tía, aunque con cara de pocos amigos, no tuvo más remedio que obedecer. Después de contestar a todas las preguntas, el médico me dijo que me quitara la ropa y me acostara en la camilla. Entonces decidí decirle la verdad.

—Doctor, lo siento, pero no es necesario que me examine, porque yo no tengo nada.

—No tengas temor, no te voy a hacer daño, pero debo examinarte —me dijo con su voz grave, y su estetoscopio colgándole del cuello—. Tu tía

me ha dicho que tenías picor en los genitales. Eso puede deberse a

—Me estaba masturbando —lo interrumpí—. Lo que le dije de que soy virgen y todo eso es verdad, pero tenía ganas, y me estaba pasando el dedo por la rajita, de arriba abajo. Me gustó tanto que cerré los ojos, para disfrutar mejor aquella sensación, y en eso entró mi tía.

—Bueno —vaciló el médico—. No sé qué decirte —, le temblaba la voz y se había puesto colorado. Me puse de pie para marcharme. Él, no se levantaba de su asiento, y siempre lo hacía, cuando se despedía de un paciente. Entonces, intencionalmente dejé caer el monedero, y al recogerlo, miré con disimulo, por debajo de la mesa. Se le había parado con lo que le dije. La tenía como un tronco y se le marcaba perfectamente. Me dio mucha gracia, y aguantando la risa, lo dejé con el calentón. Ese seguro que tuvo que ir al baño, antes de atender al siguiente enfermo.

Salí de la consulta y aquella tarde me di cuenta que sentía placer haciendo que un hombre se calentara conmigo. El médico no me gustaba para nada, además era muy viejo para mí, pero me encantó dejarlo tan excitado, solo con aquella frase: "Me estaba masturbando, doctor". Con mi vocecita, tan femenina y mi cara de chica inocente, lo había sacado de paso. y me las di de chica fina, porque le iba a decir: "Me estaba haciendo una paja", pero no lo hice, porque a la verdad, me daba vergüenza.

Al encontrarme con mi tía, le dije que después de examinarme, me había dicho que por suerte todo estaba bien, que se trataba de una irritación producida por el calor. Y nos fuimos.

En la noche volví a sentir ganas. Mis hormonas comenzaban a dispararse. Aproveché para darme una ducha, antes de dormir, y sentada en la taza del váter, subí bien las piernas y empecé a acariciarme otra vez. Cuando intentaba hacerlo más fuerte, sentía que me dolía. Entonces cogí un espejo de mano y me miré "ahí". El agujerito era tan pequeño, que no me cabía ni el dedo. Alrededor estaba la dichosa "telita". Me metí en la bañera, y con el mando de la ducha, me echaba agua tibia a presión. También probé cerrando muy fuertemente los muslos. La sensación era agradable, pero solo conseguía excitarme más, porque tengo la vulva muy gruesa y el clítoris muy pronunciado.

Finalmente me di una ducha fría y me acosté. No pude llegar.

Ya había roto con el guapo "demasiado decente" y ahora estaba sola.

Por aquellos días, había un chico que venía a jugar ajedrez por las tardes

con mi hermano. A aquella hora, mi tía siempre estaba trabajando.

Y un buen día, que mi hermano llamó a la casa, para decirnos que llegaría del trabajo por lo menos una hora y media después, que le dijera a Frank que se fuera, que no podría jugar ajedrez, yo decidí que la que jugaría con él sería yo.

—Frank, mi hermano no podrá jugar hoy, pero si quieres jugamos nosotros —le espeté.

—Y ¿tú sabes? —me dijo con una media sonrisa.

—Sí, de hecho, fui yo quien lo enseñó a jugar.

—Bueno, entonces jugamos.

—Primero una pregunta: ¿Te gusto?

—¿Cómo mujer? —preguntó.

—Exactamente.

—Sí. Eres atractiva.

—¿Te acostarías conmigo? —le dije sin rodeos.

—Claro que sí. ¿Ahora mismo?

—No tan rápido. Tendrás que ganarme una partida de ajedrez. Por cada pieza que me comas, yo me quitaré una pieza de ropa y por cada una que yo te coma, tú te quitarás otra. Solo te abriré las piernas si me das jaque mate. Cuando lo hayas hecho, puedes acostarte aquí conmigo, y hacerme lo que quieras. Seré toda tuya. Si yo gano, o queda en tablas, te vas.

Fui un momento al dormitorio y metí un preservativo en el bolsillo de la falda. Regresé enseguida. Ya él tenía el tablero listo, con las piezas puestas.

—¡Madre mía! —pensé—, cómo son los hombres cuando les hablas de follar (que es una palabra española que nunca me ha gustado, porque en Cuba decimos templar, pero bueno, hay que integrarse).

Pusimos el juego al lado del sofá. Yo estaba semi acostada y él en una silla, del otro lado. Le tocaron las blancas. Tenía cierta ventaja. Comenzó a desarrollar la Giuoco Piano, una apertura italiana, mientras yo trataba de forzarlo a que jugara una Defensa Siciliana, que había escogido para defenderme. Empezamos. Cambiamos los caballos y me quité la camiseta y él su camisa. Estaba nervioso. Minutos después cambiamos

los alfiles y me quedé sin sujetador. Frank se quedó en calzoncillos.

Ya no podía concentrarse. Capturé dos piezas más. Se quitó los calcetines y los zapatos. Tenía ventaja. Noté que se esforzaba por pensar, pero mis tetas no lo dejaban. Aquellos pezones parados le llamaban más la atención que los 16 peones del juego.

Dejé una torre al descubierto y se la zampó. Entonces me quité la falda y me quedé en bragas sobre el sofá. Unas braguitas rojas, muy apretadas. De más está decir que se me marcaba todo.

Dejó en el aire la dama y se la comí. Estaba casi perdido. Su cara era la viva imagen del desaliento. Intentaba cubrirse para que yo no notara la erección, pero era imposible. Mi rey estaba en una esquina, en la última fila del tablero, cubierto con dos peones. Puso la torre en posición, para bajar y ganarme la partida. Lo vi desde el primer momento, pero estaba tan excitada que moví otra pieza, con toda intención. Enseguida jugó y me dio jaque mate.

Echó el tablero hacia un lado y vino hacia mí. Se arrodilló y cuando me di cuenta, mi braga andaba por los tobillos.

—Suave, que me vas a estrenar —le dije con una sonrisa tímida, mientras le entregaba el condón—Trátame bien.

—¿De verdad? —me dijo con un hilo de voz—. ¿Eres virgen?

Asentí. Debo confesar que tenía un poco de miedo. Venían a mi mente las historias terroríficas de mi tía Lali, hablando de chicas a las cuales, al meterle el pene, las habían “unido” como decía ella, y de gritos, y sangre saliendo, sin parar, y de hombres corriendo al hospital con sus esposas en la noche de bodas, porque la sangre no se detenía. Creo que por eso todavía sigue virgen, y seguirá, porque si con casi 60 nunca lo ha hecho, ya no creo que se atreva. ¡Pobrecilla!

Cuando se quitó el calzoncillo, pues nada que ver con mi exnovio. Esta era normalita. Eso sí, muy bien parada. El ángulo de erección era tal, que, con la punta, casi se tocaba la parte baja del abdomen. Lo demás ya os lo podéis imaginar — “Suavecito que me duele”, “Espera un poco” ...Mirándome hacia abajo, alejándolo a veces con mi mano. Los ojos apretados, sonrisas combinadas con muecas de dolor.

Y así ... hasta que sentí que me había metido “aquello” parado y duro como un palo. Chillé solo un momento, cuando noté que había entrado. sentí que me habían rajado algo allá abajo. Me dolía, pero lo dejé que avanzara. Cuando me la metió completa, me relajé. Así estuvo, metiendo y sacando, hasta que ya no pudo más y se corrió. Unos tres minutos, como mucho, quizás menos, pero no juzguemos al chaval, que a

cualquier hombre que no se haya masturbado durante días, le pones a una chica delante, sin bragas, con las piernas abiertas y para colmo aquel chochito virgen y no aguanta ni un minuto. Así que no nos pongamos exquisitas.

Ya no sentía dolor, pero me ardía. Lo acompañé al baño, tiramos el preservativo y halamos la cadena para que el agua se lo llevara.

Un rato después nos despedimos. Le dejé claro que entre nosotros no existía nada, que aquello había sido solo una apuesta que yo había perdido.

Volví directa al baño, y sentada en el váter, escarranché bien los muslos y me miré con el espejito de mano. No tenía sangre, pero la "telita" había desaparecido. Ahora era un huequito mucho más grande, con los bordes rotos e irregulares. Lo tenía rojo como un tomate. Me introduje un dedo, después dos juntos. Me ardía, pero cabían sin problemas. Antes no.

Me metí en la bañera. Grité cuando me enjaboné. Parecía que tenía una cerilla quemándome. Cuando hacía pis, lo mismo. Así estuve varios días, hasta que cicatrizó.

Me sentía aliviada. ¡Al fin Olivia! —me dije. A partir de ahora, a disfrutar con todos los chicos que te gusten. Y así fue, aunque creo que se me fue la mano.

Bueno, otro día les sigo contando, que ya casi es la hora de cenar.

Y me fui al comedor de la clínica.

Capítulo 4

Pastillas azules

Mi adicción al sexo se hacía más intensa cada día. No era por el simple hecho de llegar al orgasmo, porque de eso me encargaba yo solita. Bastaba con meterme en mi cuarto y concentrarme. De lo demás se encargaban mis dedos, y en unos pocos minutos ya estaba chillando de placer. Pero no se trataba de eso. Necesitaba estar con un hombre, llegara al orgasmo o no.

La verdad es que cuando uno sale a ligar, no siempre liga. Recuerdo que en más de una ocasión le rogué a chicos que me dejaran hacerle una paja. Era humillante, lo reconozco, pero no me importaba. Cuando estaba en una fiesta, o salía con mis amigas y veía un hombre que tenía pinta de limpio, si la ocasión se prestaba para el caso, le pedía que me dejara chupársela. Mi ansiedad se calmaba cuando veía salir la leche. No podía evitarlo. Era algo compulsivo.

Un día me entró un tipo que representaba unos 50 años. Era un viejo para mí, que todavía no había cumplido los 20, pero era atlético y lucía bien. Cuando vi que le gustaba, quedé con él. Nos tomamos un par de cervezas y me invitó a su apartamento.

A estas alturas todas sabemos que si un hombre al que le gustamos, nos invita a su casa después de unos tragos y accedemos ... vaya ... que de allí vamos a salir folladas hasta por los huequitos de las orejas. Por muy feministas que seamos, y por mucho que tratemos de engañarnos, lo cierto es que nos la van a meter hasta atrás. Y yo tenía muchas ganas, es la verdad. Y eso era lo que quería.

Entonces me propuso un trato. De los dos, quien primero se canse, quien primero diga que ya no puede más, le paga una cena al otro en un restaurante de los buenos. De más está decir que acepté, aunque no tenía ni un céntimo. No me quedaba más remedio que ganar la apuesta. Siempre era más fácil abrir la mano que levantar el brazo.

El tipo tenía un buen aparato y se desenvolvía muy bien. Unos breves preliminares, que fueron demasiado breves, debo decir, y eso a casi ninguna mujer le gusta. Aunque con la lubricación nunca he tenido problemas. Es cuestión de sentir cerca de mí a un hombre que me guste, y ya se me mojan las bragas. Juro que no miento.

El cincuentón atlético se acomodó enseguida entre mis piernas, me sacó el tanga por una sola pata, que eso a mí no me gusta, me parece una chapuza y siempre espero a que me desnuden completa, para abrir las piernas, pero no nos pongamos exquisitas, que el deseo nos hace hacer

cosas peores.

Se puso el preservativo y me la colocó en la rajita, dio dos o tres brochazos de arriba abajo y me clavó enseguida, y debo confesar que me la sentí hasta atrás, tocándome el fondo. La tenía larga el cabrón. La cabeza o capullo me golpeaba el útero cada vez que se echaba hacia delante, pero respiré profundo y "aquello se acomodó". Se echaba hacia atrás tremendo tramo, para volver a metérmela, y nunca se salió. Siempre quedaba un trozo dentro de mi, un buen trozo, debo decir. No era una "talla extra", como después descubrí que existían, pero estaba muy bien. Aguantó un rato razonable, hasta que se corrió. Y yo diría que bastante razonable, porque me corrí tres veces con el mete y saca. ¡Qué manera de chillar! Porque cada vez que siento que me voy a venir, no puedo evitar empezar a chillar. Me pasa lo mismo que cuando voy hacia abajo en la montaña rusa.

Descansamos un poco. Entonces me di cuenta que se había tomado un par de viagras. Al poco rato volvió al ataque. Esta segunda vez me cambió varias veces de posición y hasta me volví a correr cuando él estaba a punto de acabar.

Bueno, para no cansarles, cada vez que terminaba, se tomaba dos pastillitas azules. Y fueron varias veces.

En el quinto polvo dejó de respirar. ¡Madre mía! Por poco soy yo la que me muero. Llamé con el móvil a emergencias y por suerte llegaron a tiempo para reanimarlo. Yo le había dado respiración artificial. Por cierto, pasé tremenda vergüenza con uno de los paramédicos, que no dejaba de mirarme, porque al tipo, de tantas pastillas que se tomó, no hubo forma de que se le bajara, y por más que traté de disimular la cosa, aquello se notaba de lejos. Les conté la verdad. Seguro pensaron que yo era puta Bueno ... nunca me ha importado mucho lo que piensen los demás, pero la verdad es que nunca he cobrado. Si lo hubiera hecho, creo que ya fuera millonaria.

Y la mayor vergüenza vino después ... sí... cuando ellos se lo llevaron en una camilla para el hospital. Fue entonces que me di cuenta. Con el nerviosismo no me había puesto nada para arriba. Estaba en tetas. ¡Qué vergüenza! ¿Por qué tienen que pasarme estas cosas?

Me vestí corriendo, y recogí un papel que se le había caído a uno de los tíos de la ambulancia. No sé en qué momento le dio tiempo a escribirme su teléfono, y poner su nombre. ¡Joder! Estaba tratando de ligar conmigo. Lo guardé. Después de todo, no lucía nada mal, y una nuca sabe.

Me acerqué al hospital y el médico me dijo que había sido una sobredosis de viagra, que casi se muere, pero que se recuperaría. Respiré aliviada y

me fui. Después de todo navegó con suerte, porque no tuvo que pagarme la cena. Y fue él quien perdió claramente.

Luego de aquel incidente estuve unos días tranquila. Pero al cabo de una semana, las ganas volvieron e hice algo que nunca he vuelto a hacer en la vida. Pero eso ya se los cuento otro día, que la cena está lista y tengo que irme al comedor.

Dice la doctora que me recuperaré de mi adicción al sexo, pero yo cada día tengo más ganas. ¡Joder! no se me quitan. Es ver a un hombre que más o menos me guste, y al poco rato tengo que ponerme un cleanex o una servilleta "ahí", porque me resultan muy incómodas las bragas mojadas. No puedo salir de la clínica y para colmo, todas las trabajadoras del centro, incluidos psicólogos y psiquiatras son mujeres. y con ellas nunca lo he probado. Mañana tengo consulta con Patricia. Veamos qué me dirá.